CLAUDIO (1)

Al inspirado poeta

Luis Moreno Torrado

En la ciudad de *Equis* vivía Claudio con su anciana madre que, á causa de sus muchos años, estaba achacosa y enfermiza.

Era Claudio relativamente feliz con su trabajo, pues ganaba lo suficiente, si no para arrastrar con comodidad la penosa vida, al menos para atender á las más perentorias necesidades y, como vulgarmente se dice, ir tirando. Empleado en las oficinas de un gran establecimiento industrial vestía correctamente para complacer á esa sociedad que suele juzgar por el exterior á las personas.

En su semifelicidad notaba Claudio un vacío en el corazón, la falta de algún sentimiento que hace soñar al hombre un porvenir dichoso: el amor.

Y absorbido por la idea de encontrar una mujer dispuesta a compartir con él alegrías y tristezas operábase en su sér una metamorfosis debido á la cual constituía su carácter una mezcla de melancolía y brusquedad.

Sólo tenía para su madre serenidad en la faz y dulzura en las palabras. Su alma estaba á merced de espantoso vórtice. — Sublevaba su ánimo el ver las miserias y humillaciones por que pasa el proletario, y, de haber escuchado la voz del corazón, más de una vez habría castigado afrentosos hechos que se desarrollaban en la fábrica. Pero, si al pretender enderezar tuertos, le despedían de la casa ¿en qué situación no quedarían él y su idolatrada madre?

Y no reflexionaba esto por él, no: veía ya la falta de alimentos, el desahucio, la terrible apoteosis del Hospital, todo un cúmulo de miserias que acelerarían la muerte del único sér que le era querido.

(1) Ha llegado á nuestras manos la carta de un suicida. Hemos aprovechado el contenido de la misma — de seguro con mejor voluntad que acierto — dándole determinada forma. El asunto, aunque quizá no nuevo, no está desprovisto de interés y encierra una lección social. Esta es la génesis del presente trabajo titulado *Claudio*.

Con estas reflexiones sujetaba la jauría de sus sentimientos y odiaba en secreto á los que con su egoísmo aniquilan al héroe del trabajo; pero, acariciaba la idea de la redención de los tiranizados, segura, inevitable, y ésto algo le consolaba.

* * *

Tenía el amo de la fábrica una hija de alma adorable; quien la contemplaba un instante quedaba embebecido: tan deslumbradora era su belleza.

Lo contrario de lo que hartó generalmente á los favorecidos de la suerte ocurre, detestaba Mercedes el exagerado lujo y su corazón era noble morada de los más puros sentimientos.

Un día de invierno, Claudio se dirigía al trabajo apresuradamente, envuelto en recia capa; errabundos sus grandes ojos melancólicos denotaban al hombre que va á cumplir una obligación cotidianamente con esa especie de inconsciencia que presta la costumbre. En el umbral de la fábrica encontró á la encantadora Mercedes. Una sonrisa, como brillante mariposa acariciando una flor de sangrientos pétalos, se dibujó en los labios de aquella niña; sus ojos azules como el miosotis miraron dulcemente á nuestro héroe haciéndole entrever un paraíso no imaginado por el más delirante soñador.

De esta manera, fecundado por una mirada y una sonrisa, nació el amor en el corazón de Claudio.

Pero ¿cómo realizar aquel amor quimérico? ¿cómo derribar la muralla que se interponía entre los dos? — El, aunque inteligente y de alma grande, no dejaba de ser un pobre. Ella, con regular posición y belleza incomparable, estaba seguramente destinada á otro. — Las uniones las hace el dinero, las conveniencias, no los sentimientos.

Y no obstante, sucedíanse las sonrisas y las miradas. Atreverse á una declaración equivalía á ponerse en ridículo. ¡Habríase visto tamaña osadía! — así reflexionaba Claudio.

Por entonces enfermó gravemente la madre de Claudio. El médico, con esa inmutabilidad que tanto irrita, aseguró que aquella débil luz pronto se extinguiría. Desgraciadamente acertó.